

AGENDA CIUDADANA

DEMAGOGICOS, DESHONESTOS Y DILAPIDADORES PERO NECESARIOS Lorenzo Meyer

Un Mal Necesario.- En la naturaleza de todos los partidos políticos hay genes demagógicos, pero en los mexicanos de hoy hay más de los normal. Por meses, y con un lenguaje a veces grandilocuente y a veces simplemente rijoso, los partidos –todos, incluido el del gobierno-- se dieron a la tarea de enmendarle la plana al Ejecutivo. En principio, cumplían su papel de contrapeso, pero cuando llegó la hora de que estos críticos tuvieron que actuar como creadores de legislación, el resultado terminó por ser tan malo o peor que lo hecho por el presidente, y como prueba está el caso de la llamada reforma fiscal, donde el resultado fue altamente insatisfactorio para todos y va a tener que ser revisado. En diferente grado, claro está, la deshonestidad es otra característica de esas organizaciones: el PAN hizo “concertaciones” con Carlos Salinas, el PRD enarboló la bandera del respeto al sufragio, pero llegado el momento unos perredistas le hicieron fraude a otros perredistas en sus elecciones internas. Del PRI ni que decir, toda su historia es un catálogo de deshonestidades, la última está hoy en las primeras planas de los diarios: el posible traslado de mil cien millones de pesos de Pemex al PRI por la vía del sindicato petrolero, (Reforma, 20 y 21 de enero). Justamente por deshonestos y para que esa característica no impida el juego democrático, fue necesario que el juego de nuestros partidos fuera vigilado muy de cerca por un Instituto Federal Electoral cuyos gastos de operación este año serán de 3,124 millones de pesos.

En conjunto, los partidos políticos actuales son dilapidadores porque no hay razón para haberles dado en el último año 2, 206 millones de pesos de dineros públicos a pesar de que la economía se estancó y el desempleo aumentó. Partidos escasamente existentes, como el PVEM, PT, PAS, PCD --algunos de ellos verdaderos negocio de familia--, recibieron el año pasado alrededor de cien millones de pesos cada uno. Y lo peor está por venir: el año entrante, por ser electoral, el conjunto de partidos deberá recibir del erario ¡5,679 millones de pesos!. Finalmente está el gasto de los partidos en su arena privilegiada: el congreso. Los legisladores son muchos (¿para qué 500 diputados y 128 senadores?), sesionan poco, los resultados de su trabajo deja que desear y, en conjunto, le cuestan al erario alrededor de tres mil millones de pesos al año (Reforma, 23 de octubre, 2001 y 7 de enero, 2002).

Hoy, cuando lo urgente es la consolidación del nuevo régimen democrático que finalmente nos hemos dado tras un largo proceso de luchas, el conjunto de los partidos políticos con registro no han estado a la altura de sus responsabilidades. Ahora bien, y pese a sus muchos defectos y escasas virtudes, ni México ni ningún otro país que aspire a considerarse moderno, puede prescindir de los partidos políticos, que son elementos clave, *sine qua non*, para llevar adelante la tarea de ligar sistemáticamente a la sociedad con la autoridad. Por otro lado, modificar los partidos existentes o dar vida a nuevos que sean efectivamente representativos y funcionales para la democracia, es hoy un proceso lento y difícil, pero impostergable y sin alternativa.

Los Partidos, en Teoría.- En principio, y como lo señalara, entre otros, Seymour Martin Lipset, ya un clásico de la ciencia política contemporánea, los

partidos siguen siendo “la instancia mediadora más importante entre los ciudadanos y el Estado”, (“The Social Requisites of Democracy”, American Sociological Review, 59, n°1, [febrero, 1994], p. 14) David E. Apter, otro clásico, va un poco más lejos y afirma: “los partidos son el instrumento más importante de la política; de su competitividad y de su capacidad de negociación y compromiso” “son [los partidos] el elemento que hace funcionar al sistema [político]”, (Introduction to Political Analysis, Cambridge, Mass., 1977, p. 157). Desde esta perspectiva, los partidos políticos deben verse como la conexión fundamental entre la sociedad y todo el entramado de las estructuras de autoridad gubernamental. Se trata, pues, de instituciones a través de las cuales un conjunto de intereses muy diversos pueden llegar a construir coaliciones y lograr después el apoyo social que es el insumo que permite a la maquinaria de gobierno la elaboración y puesta en marcha de acciones o políticas concretas.

Desde luego que hay otro tipo de organizaciones, mas allá de los partidos, que también unen a la sociedad con el gobierno: los sindicatos, las uniones patronales, los medios de comunicación, las iglesias, las agrupaciones profesionales, las organizaciones de barrio y el resto del creciente mundo de las organizaciones no gubernamentales (ONG) que también mantienen a los gobernantes en contacto con las demandas y necesidades de los grupos sociales. Sin embargo, sólo los partidos están en la posibilidad de ver sistemáticamente el todo y procesar sus datos en función de una visión del interés nacional. Frente al Poder Ejecutivo, sólo los partidos como conjunto y a través del Congreso, están en capacidad de tener una propuesta alternativa para todos los temas que constituyen la agenda nacional. Sólo ellos, en cuanto

componentes del Poder Legislativo, tienen los instrumentos para vigilar y controlar al Ejecutivo, cuidar los derechos de las entidades federativas e impedir que el Poder Judicial sea avasallado.

Por todo lo anterior y por otras consideraciones que aún se pueden añadir, queda claro que en buena medida de la naturaleza de los partidos va a depender la calidad del debate nacional y del sistema político en general. Y de la calidad del partido mayoritario va a depender la del jefe del Poder Ejecutivo y la de los miembros del Legislativo. Los partidos con sus miles de células desparramadas por todo el territorio e incluso fuera de las fronteras, son las organizaciones idóneas para penetrar el cuerpo social, tomar el pulso cotidiano de la sociedad e impedir que nazca y se agrande la brecha entre sociedad y Estado, entre gobernados y gobernantes. Por tanto, sí los mexicanos queremos superar la etapa de democracia mediocre en que hoy vivimos, debemos de insistir en una transformación significativa en la calidad de los partidos, --de los actuales y los porvenir.

La Coyuntura.- La renovación de las dirigencias de los tres grandes partidos mexicanos en el 2002 --PRI-PAN-PRD--, abre, a la vez, una gran oportunidad para que esos procesos internos puedan convertirse en impulsos de cambio de fondo, pero, si las cosas marchan mal, también puede llevar a la fragmentación o a un mayor debilitamiento de las estructuras partidistas.

El Partido Acción Nacional es el que hoy puede conducir sus procesos internos de la manera más previsible y normal. Y no es que ese partido no haya tenido episodios de serio conflicto interno y rupturas --basta con recordar lo ocurrido en su XXII Convención Nacional extraordinaria de 1970, unos de cuyos

resultados fue la imposibilidad de presentar candidato a la presidencia y la vehemencia como se combatieron por años las facciones de Efraín González Morfín y José Angel Conchello— sino que en la coyuntura actual la elección que deberán hacer los 279 consejeros nacionales, no es entre dos formas muy distintas de enfrentar los grandes temas. La opción es entre el actual presidente del PAN —que no necesariamente es el personaje más poderoso dentro del partido— Luis Felipe Bravo Mena y el senador y ex gobernador por Guanajuato, Carlos Medina Plasencia. En realidad, el principal problema del PAN ahora no es su elección interna sino como ser el partido del gobierno a pesar de no ser el partido en el gobierno. Las diferencias entre el presidente Fox —un neopanista-- y el verdadero centro del PAN, el senador Diego Fernández de Cevallos —un panista “clásico”— siguen siendo determinantes en la conducta de ese partido.

Desde sus orígenes, la izquierda se ha caracterizado por sus certezas teóricas y por sus divisiones prácticas. Los escritos de Carlos Marx en el siglo XIX en contra de la izquierda "no marxista" --los “socialistas utópicos”-- fueron feroces. En sus escritos con referencias personales, Marx fue más duro con los socialistas que diferían con él en su enfoque o marco teórico, que con sus supuestos enemigos de clase, los burgueses. Además de las divisiones constantes, otra parte sustantiva de la historia de la izquierda a partir del triunfo bolchevique en Rusia, ha sido la burocratización, y en el PRD se deja ver el peso de esa herencia.

El Partido de la Revolución Democrática, que en su inicio fue el depositario de la sorprendente insurgencia electoral de 1988, hoy se encuentra como un partido reducido —en el 2000, y ya sin el elemento de fraude, el PRD y sus casi

inexistentes aliados, recibieron el 16.64% de los votos válidos— y que insiste en destacar sus pugnas internas. La lucha por la presidencia del partido del sol azteca entre Rosario Robles, la dinámica ex jefa del gobierno capitalino --cercana a Cuauhtémoc Cárdenas y a la ortodoxia de la izquierda frente a un gobierno de derecha--, y el senador Jesús Ortega --que favorece el acercamiento del PRD a otros partidos y a la presidencia misma en busca de consensos--, tiene mucho de encomiable, pues en vez de las negociaciones de las cúpulas para forjar una “candidatura de unidad”, abiertamente se pone sobre la mesa las opciones y que la militancia decida con su voto. Quizá el verdadero problema para el PRD no es la existencia de corrientes al interior del partido –eso ocurre en todos los partidos y en todas partes--, sino el asegurar que los procedimientos electorales sean tan claros que ya no se vuelvan a repetir las dudas y acusaciones de fraude que empañaron la elección anterior y, sobre todo, que el resultado no lleve a una mayor división y fragmentación de esa organización. El México neoliberal necesita de un partido de izquierda serio y flexible, efectivo en su esfuerzo por balancear una carga que ya ha sido soportada en demasía por las clases populares, pero sin romper el orden institucional.

El PRI, como todo partido, aún porta el sello que le imprimió al nacer hace ya casi 73 años su creador, el general Plutarco Elías Calles: el de un partido de Estado. Hoy mismo, el PRI está en el centro de un escándalo por los supuestos 1,100 millones que le transfirió Pemex para su campaña electoral del 2000. Más allá del escándalo, este partido vive una situación paradójica; por un lado es el de mayor presencia en el Congreso y con el mayor número de gobernadores, pero por otro lado, es el partido con menos carga de energía vital, con el proyecto más

vago, con la mayor herencia histórica negativa, con las divisiones internas más fuertes y con la moral más baja. Tal pareciera que el objetivo del viejo gigante es simplemente sobrevivir y su ganancia real es simplemente poder ver de nuevo el sol cada día.

La lucha entre las corrientes encabezadas por dos “priístas viejos” (no los hay nuevos), la hábil y articulada Beatriz Paredes --hasta hace poco líder de su bancada en la Cámara de Diputados y ex gobernadora de Tlaxcala--, y Roberto Madrazo --el duro cacique tabasqueño hijo de un presidente ligeramente heterodoxo y fallido del PRI en los años sesenta--, tiene poco de confrontación ideológica o de principios y mucho de pugna entre grupos por el control de lo que queda de un partido que, quizá, ya tenga más pasado que porvenir. La actual contienda interna priísta tiene un elemento nuevo: es la primera en sus casi quince lustros, en que no hay un “Jefe Máximo” o un Presidente de la República que controle y limite las pugnas entre las facciones. Esa novedad es un factor presentado como la gran renovación de la organización, pero también es su gran peligro, pues nadie puede poner un marco que asegure que el perdedor aceptará la derrota y no atentará contra la unidad del partido. Aunque quizá la unidad se conserve si el perdedor considera que no tiene mejor lugar a donde ir.

En Conclusión.- Mientras no se logre transformar al sistema de partidos, la nueva democracia mexicana será un arreglo imperfecto y débil. Como ciudadanos, los mexicanos no podemos entusiasmarnos frente a los partidos que la historia nos ha entregado pues, en ocasiones, son poco menos que una estafa; el manifestar nuestra inconformidad con su naturaleza puede empujarlos al

cambio o, al menos, dejará constancia que no comulgamos con las ruedas de molino que nos ofrecen.